allí se reunen, en la misma fe y en los mismos recuerdos, el cardenal de Bérulle, M. Olier, el Padre de Coudren, Bossuet y San Vicente de Paúl. Montmartre es el lugar sagrado de París. El pueblo, que guarda mejor que los grandes las tradiciones de las cosas santas, nunca ha dejado de amar y de visitar á Montmartre.

Por lo mismo, ningún sitio podía ser más conveniente que ese; y animándose á medida que se avanzaba, se resolvió construir en la cima de esta montaña, desde donde se domina la gran ciudad, un templo que, por la inmensidad de las proporciones, la belleza de sus grandes líneas, el esplendor y la riqueza de su ornamentación, fuese verdaderamente un templo nacional, consagrado por toda la Francia al Corazón de Jesús.

Dignum pollenti pectori carmen
Condere pro rerum majestate.

Y á fin de expresar bien la inspiración de que había nacido, resolvióse grabar en el frontispicio estas palabras:

Sacratisimo Cordi Christi Jesu
Gallia poenitens et devota [1].

Para realizar tan gigantesca empresa se necesitaba expropiar cierto número de casas que ocupaban la cima de la montaña. La cuestión se encontró así planteada por sí misma ante la Asamblea nacional, es decir, pues-

1 La primera fórmula de la dedicatoria fué la siguiente:

Christo ejusque sacratissimo Cordi
Gallia poenitens et devota.

Roma hizo cambiar esa fórmula, no queriendo que el Corazón adorable de Nuestro Señor apareciese separado de su persona.

to que Francia era república ante el soberano. Era esta una ocasión que la bondad de Dios ofrecía á Francia para que se realizase lo que Luis XIV no había hecho; pero que Luis XVI, ilustrado por la adversidad, había prometido á Dios en su prisión. Al menos, si la Asamblea nacional dejó escapar esta oportunidad providencial, hizo algo que siempre le será honroso. Votó la expropiación por causa de utilidad pública; es decir, declaró que había utilidad pública en que la Francia arrepentida edificase un templo al Sagrado Corazón. No siendo esta iglesia fundada á título de parroquia, ni exigida por las necesidades del culto, el voto de la Asamblea no podía tener más que aquel sentido, como lo hicieron notar los adversarios del proyecto. Francia también lo entendió de esta manera; y la idea de un templo nacional en la cumbre de Montmartre, idea popular desde el primer día y bendecida desde luego por el soberano Pontífice Pío IX, tomó un aspecto nuevo. En todas las diócesis se abrieron subscripciones, se establecieron juntas para mantener y avivar el celo, y bien pronto aparecieron diversas iniciativas inteligentes y delicadas. El ejército solicitó construir y decorar á sus expensas una capilla. A poco, los obreros ofrecieron edificar otra consagrándola á Jesús obrero. Este movimiento continuará. Las madres cristianas querrán dedicar otra á Santa Mónica; las niñas la suya á Jesús infante. Los sacerdotes otra á Jesús sacerdote; los Obispos á Jesús Pontífice. Las vírgenes no olvidarán á su divino esposo; y el templo, construido con el oro de Francia, será poblado con las más suaves inspiraciones de su piedad y de su corazón. ¿Quién colocará la primera piedra? ¿Quién hará su consagración solemne? Nadie

lo sabe. Sólo puede esperarse que Dios intervendrá eficazmente, llegada la hora, puesto que dijo á la Bienaventurada: "Quiero que se dedique un templo á mi divino Corazón." El ayudará á construirlo; y así como se refiere de varias de nuestras viejas catedrales que el día de su consagración se escucharon voces angélicas que llenaron el aire de acordes suavísimos, se puede creer que cuando llegue el momento ansiado, descenderán sobre Francia arrepentida palabras celestes, palabras de amor y de perdón.

En ese templo se hará, por boca del soberano, sea el que fuere entonces, la consagración de Francia al divino Corazón de Jesús. Día grande será ese en nuestra historia; se renovará la antigua alianza, y Dios volverá á ser el Dios de los franceses.

Podría creerse que los dos hechos que acabamos de referir, á saber: la aparición de la bandera del Sagrado Corazón en los campos de batalla y la construcción en París de una iglesia nacional consagrada al mismo Corazón, no serían sobrepujados ya de modo alguno; y, sin embargo, lo fueron. Ocurrió el mes de Junio de 1873 un hecho sobremanera extraordinario y grandioso, así por la época en que acaeció como por el modo de realizarse, y por sus gigantescas proporciones.

Poco después de terminar la guerra, al siguiente día de los horrores de la *Commune*, en el otoño de 1871 y durante el año de 1873, se había sentido pasar sobre Francia un soplo desconocido y vivificante. Los santuarios célebres eran cada día más y más frecuentados, y comenzaban las peregrinaciones, tímidas al principio como esos vientos suaves, preludio de una tempestad que al fin se desata; tempestad de oración, de arrepentimiento

y de amor. Toda la Francia católica se agitó movida por un impulso extraordinario que no había sentido en el transcurso de diez siglos. Hubo peregrinaciones nacionales á Lourdes, á la Saletta, á Chartres, á Fourvières, á Potmain y á Puy. La Francia se precipitaba suplicante, y en un solo día se arrodillaron más de cien mil hombres en el santuario de Lourdes. En seguida hubo peregrinaciones locales; cada diócesis tenía la suya, enviando hasta treinta mil peregrinos. ¡Asombro causaría examinar la estadística exacta de todas las peregrinaciones habidas en 1873!

Entre ellas, la de Paray tuvo colosales proporciones. Se calculó que bastaba un día para todas las otras; para ésta se necesitaba un mes, porque á ella acudiría Francia entera. Marsella, la ciudad del Sagrado Corazón, abrió la marcha, siendo la primera en presentarse. Después, y diariamente, llegaban dos, tres, cuatro y hasta cinco diócesis con bandera desplegada. El 20 de Junio, viernes siguiente á la Octava del Corpus, hubo en Paray veinticinco mil almas. Ni aun el mes entero bastó para esa procesión que se renovaba diariamente, y fué preciso prorrogar el plazo hasta fin de Julio. Después, terminada la afluencia de peregrinos franceses, comenzaron á llegar los ingleses, los holandeses y los belgas. Otros que no podían llegar oportunamente, como los americanos, los polacos, los escoceses y los rusos, enviaban sus banderas para que los representasen. El amante invisible, oculto hasta entonces en el secreto del monasterio, había aparecido en pleno día atrayendo todos los corazones. Las religiosas de Paray escribieron lo siguiente: "Centenares de banderas, de corazones, de *ex votos* y de cartas se nos envían de todos

puntos de Francia. Las parroquias, las comunidades, los establecimientos, aun los que no tienen carácter religioso, mandan sus recuerdos... Es este un movimiento inusitado... Habíamos creído poder tomar nota de los *ex votos;* pero al cabo de tres días nos convencimos de que esa cuenta era imposible. La reja de nuestro coro no bastaba para colgarlos, y se les colocaba por todas partes. Tales manifestaciones pueden resumirse en estas palabras inscritas millones de veces en los *ex votos*: *La Francia al Corazón Sagrado de Jesús* [1]„.

Pero no fué solamente la época, la duración y la multitud de personas que componen esa peregrinación lo que le daba el carácter de milagro, sino que la manera con que se verificó no fué menos sorprendente. Igual por dondequiera y opuesta á las costumbres francesas, se pregunta uno admirado: ¿cómo pudo establecerse tan espontánea y tan únicamente? Se salía de una iglesia y procesionalmente se caminaba á la estación del ferrocarril. Allí los peregrinos enarbolaban y colocaban sobre su pecho la imagen del Corazón de Jesús. En seguida, y al silbar la locomotora, prorrumpían en cánticos. Cada siglo, para expresar su pensamiento, para animar la emoción que le conmueve, ha creado siempre un canto popular. ¿Quién fué su autor? ¿De dónde vino? ¿Quién lo colocó un día, fiero ó terrible, en los labios de la muchedu mbre? Ni la Grecia en tiempo de Tirteo, ni nuestros antepasados los antiguos galos en sus bosques, ni Francia en la época de sus grandes crisis, sabrían responder á tales preguntas. Nadie lo ha escrito, y todo el mundo lo canta porque salió del alma del pueblo. Lo

1 *Circular* de Paray, relativa á la peregrinación del mes de Junio de 1873

mismo debe decirse de ese himno que entonces resonaba por la primera vez, ardiente y triste, suplicante y tierno, cantando con lágrimas todos los dolores de la Iglesia y de Francia, y lanzando á cada estrofa un grito de esperanza y de perdón. Muy diverso de esos clamores salvajes de los pueblos sublevados, fué un llamamiento á las ternuras del cielo y no á las cóleras de la tierra; en vez de exaltar á las almas por el odio las apaciguaba por el arrepentimiento.

Durante el viaje cantábamos en cada vagón, despertando en el ánimo piadosa y moderada alegría, como si hubiéramos estado dentro de una capilla aislada en el desierto. Cuando el tren detenía su marcha, se escuchaba aquel canto saliendo de cada vagón. Era algo tan tierno, tan dulce, que los ojos se anegaban en llanto.

Sucedía á veces que dos trenes se encontraban en una misma estación. Entonces todas las cabezas aparecían en las ventanillas y los dos vagones cantaban en coro. Jamás olvidaré la emoción que llegó á dominarme en un sitio en que nuestro tren se detuvo para que pasasen otros dos venidos de París. De uno de ellos oímos este cántico:

¡Piedad, Dios mío, piedad!
Sobre un nuevo Calvario
De vuestra Iglesia el Jefe
Sufre tormento diario.

Súbitamente nos pusimos todos de pie, y con un grito espontáneo y unánime exclamamos: "¡Viva Pío IX, viva Francia!„

El día de la gran fiesta, 20 de Junio de 1873, el sol se levantó espléndido. Por lo demás, durante todo el mes,

la procesión no fué interrumpida por la lluvia ni un solo día. En otro tiempo se había dicho: el sol de Austerlitz; hoy se decía: el sol del Sagrado Corazón.

A medida que nos acercábamos á Paray, las estaciones presentaban un aspecto inusitado. Innumerables peregrinos se reunían allí mucho antes de la hora de partida; sacerdotes, religiosos, enjambres de jóvenes vestidas de blanco, alegres como las aves, llevando sobre su pecho el Corazón de Jesús; carruajes de todas formas, grandes equipajes y carretas cargadas, rehenchidas de gente llegaban á toda prisa para encontrar lugar, y en todo ese concurso se notaba orden y santo entusiasmo; millares de hombres, de mujeres y de jóvenes preparadas para acercarse á la sagrada Mesa, y conservando, á pesar del gran movimiento de tan extraordinaria escena, el recogimiento que precede siempre entre los cristianos á tal acto. Espectáculos son estos que Francia no ve con frecuencia, porque su naturaleza profundamente religiosa, y su corazón simpático á cuanto es elevado y sincero, no podría resistirlos.

Nada igualará por mucho tiempo, bajo este aspecto, al 20 de Junio en Paray. Era el viernes después de la octava del Corpus, el mismo día en que Nuestro Señor había dicho á su humilde sierva: *Quiero que el viernes posterior á la octava del Santísimo Sacramento, sea dedicado á una fiesta solemne en honra de mi divino Corazón.*

Desde la media noche comenzaron á celebrarse Misas en diversos altares que por dondequiera se habían levantado, y que, sin embargo, no eran suficientes; se necesitaban aún más. En la capilla de la Visitación, entre el altar en que Nuestro Señor se había aparecido á Margarita María y la reja detrás de la cual estuvo arrodillada, reposaban sus restos mortales. Su urna, espléndida, se colocó en un trono rodeado de luces y cubierto de coronas, de corazones, de súplicas y de ex votos de todo género. Frente al trono, á semejanza de la bandera de Juana de Arco, se veía la de los zuavos, destrozada por las balas prusianas y tinta en sangre, flotando sobre la urna cineraria. Los fieles la besaban al pasar, las madres acercaban á ella á sus pequeños hijos, y yo vi á los soldados tocarla con su espada desnuda.

A las nueve se puso en marcha la procesión. Ya no era aquélla brillante, triunfal, pero oficial y litúrgica que admiré en 1865, cuando las fiestas de la beatificación. Ahora no había ni Cardenales ni Obispos, excepto el antiguo de Autun, ni abades mitrados; el clero estaba mezclado con el pueblo. Los cantos litúrgicos habían sido reemplazados por un solo canto, canto francés que brotaba de todos los labios:

¡Sagrado Corazón,
Salva á Roma y á Francia!

Me atrevo á decir que esa procesión no fué la de la Iglesia sino la de Francia humillada, golpeándose el pecho y exclamando: ¡Piedad, Dios mío!

Cada diócesis marchaba con su bandera, ó mejor dicho, cada institución, cada parroquia, cada colegio, cada comunidad, pues había más de trescientas banderas, muy ricas algunas, todas de bello aspecto, simbólicas y elocuentes, con dísticos é inscripciones magníficas. El pueblo las aclamaba á su paso; y esos gritos de entu-

siasmo, de alegría y de dolor, mezclándose á los cánticos de los que hacían cortejo á la bandera, producían en el alma una impresión indefinible.

Un episodio inesperado vino desde el principio á agitar y enternecer á la multitud. Habían pasado ya algunas banderas y se dirigían á una colina pequeña que domina la ciudad, y en cuya cima se levantó un altar portátil para que se dijese Misa al aire libre, cuando repentinamente desembocó por una calle transversal un grupo que venía á incorporarse en el cortejo. Era la bandera de Alsacia, toda blanca, pero cubierta con un gran crespón fúnebre. Uno de los cordones lo llevaba un simple soldado inválido y condecorado; el otro, una noble dama, vestida de negro, de luto riguroso y cubierta con un velo. En la bandera se leía esta inscripción: "¡Corazón de Jesús, vuélvenos nuestra patria!„ ¿Quién podría resistir á semejante espectáculo? La procesión se detuvo; cesaron los cánticos; los alsacianos exclamaban : "¡Viva Francia!„ y nosotros respondíamos: "¡Viva la Alsacia!„ Nos abrazamos, confundiendo y mezclando nuestras lágrimas. Ocho días después se conservaba aún tan viva la emoción entre los que figuramos en esa escena, que no se podía hablar de ella sin que las lágrimas brotaran de los ojos.

Pocos instantes después escuché varios gritos y una inmensa agitación: fué que llegaba la bandera de Metz, negra enteramente como el testimonio de profunda desesperación. ¡Metz, la ciudad virgen, la infortunada ciudad francesa! ¡Ah, cuántas lágrimas se han derramado en ella! ¡Cómo no esperar que tantas súplicas, ruegos tan fervientes, no serán escuchados por Aquel que reanima á las naciones desventuradas!

Después de la bandera de Metz, la de París fué la que más me conmovió. En torno de ella se agrupaba la nobleza de Francia, en lo que tiene de más antiguo y de más ilustre. Todas las señoras habían adoptado el mismo traje: vestido y velo negros. Yo me las nombraba á mí mismo, recorriendo los nombres más famosos de nuestra historia, los que fueron la gloria, y algunas veces, ¡ay!, el peligro de los siglos XVII y XVIII; y me decía: ¡he aquí la reparación que comienza! Después de la expiación en los cadalsos viene otra de más valor: el arrepentimiento y el recurso al Corazón sagrado.

De estas reflexiones me distrajo un cántico de ardor marcial y varonil. Eran los zuavos pontificios. Por prudencia habían dejado su bandera de Paray cerca de la urna que encerraba los restos de la Bienaventurada, y sólo traían un *facsímile* de aquel estandarte. El general Soins traía uno de los cordones, y el otro el general Charette. En seguida venían todos los oficiales; al oir sus cánticos se experimentaba algo semejante al entusiasmo con que se batieron en Loigny. Necesario sería tener corazón de roca para no conmoverse ante ese espectáculo; y todos unánimes exclamaban como un solo grito: "¡Viva Charette, viva Soins, vivan los zuavos, viva Francia, viva Pío IX!„ Mejor dicho, una sola exclamación se escuchaba, porque en el fondo todas ellas significaban una misma cosa.

Un incidente inesperado vino á poner el colmo á la emoción. Desfilaba de noche la procesión á través del jardín del monasterio, y en el momento en que pasaba por el bosque de los castaños, en que Nuestro Señor se había aparecido á la Bienaventurada y le explicó el misterio sagrado de la cruz, la bandera de Alsacia, cubier-